

ALFONSO LOBO AMAYA

Premio Nacional de Literatura Infantil



OMAIRA

Pedacito de cielo

(Cuento)

Santafé de Bogotá, D. C., 1997

Esta publicación se realiza
con el apoyo económico
del Fondo Nacional de Calamidades,
PNUD y DHA-UNDRO

Anuar Yaver Cortés
Director

Miladys Salazar Dávila
División de Educación e Información Pública

Dirección técnica
Instituto de Hidrología,
Meteorología y Estudios Ambientales

Colaboración de: Cruz Roja - SENA
Defensa Civil - Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo -PNUD-

Coordinación editorial:
Dirección Nacional para la Prevención y Atención
de Desastres -DNPAD-
Comisión de Programas Masivos
Calle 26 No. 13-19 Piso 26
Tels: 2834966 Fax: 2860485
Santafé de Bogotá D.C.

Diseño:
Nidia del Carmen Alba

Ilustraciones:
Carlos Fuentes

Preparación Editorial e Impresión.
Servigraphic Ltda.

Primera edición:
Enero de 1997

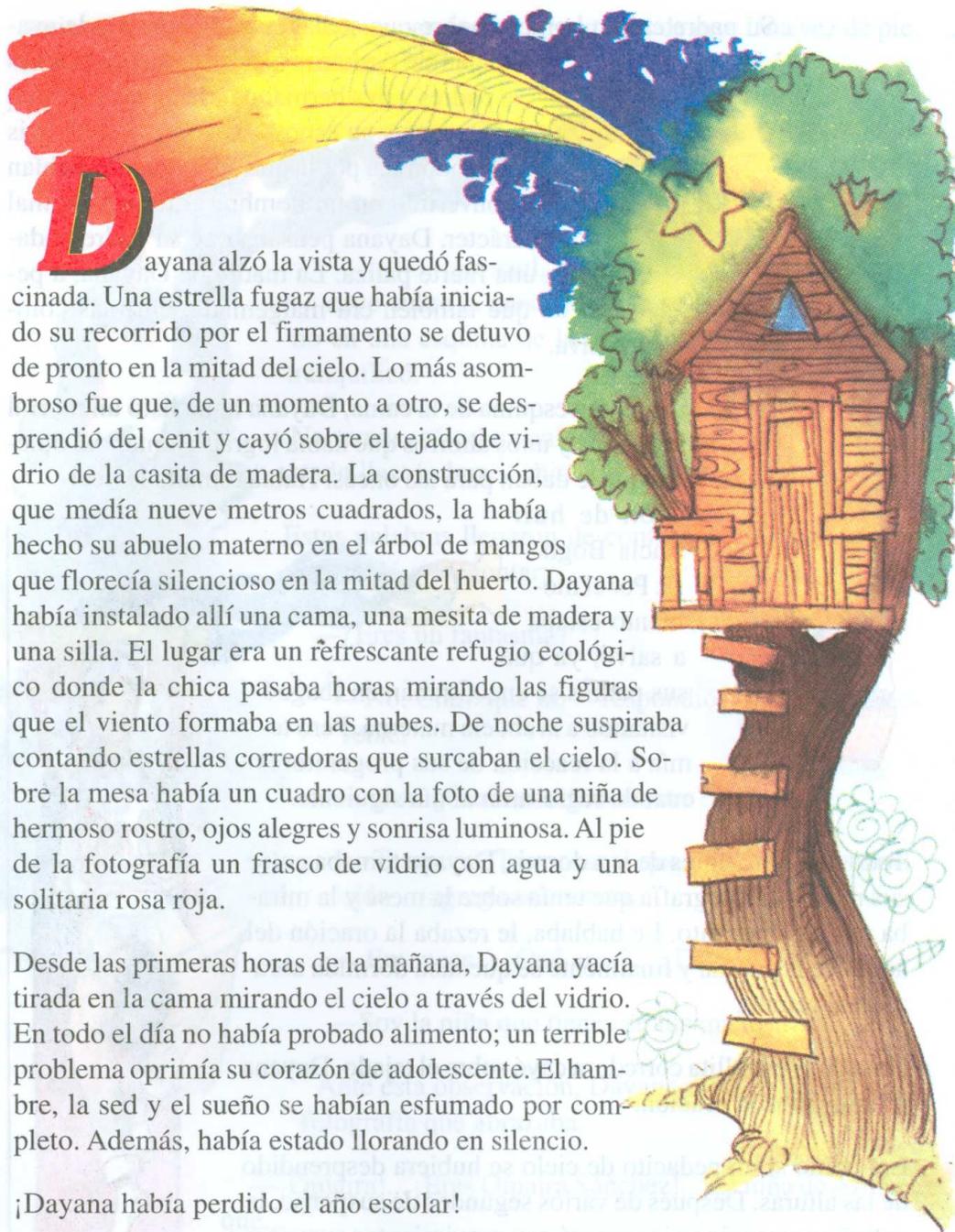
Nota: Se permite la reproducción del contenido
de esta publicación siempre que se dé crédito
a la Dirección Nacional para la Prevención
y Atención de Desastres -DNPAD-
Distribución gratuita

Dedicatoria

*Este hermoso relato es una ofrenda de amor,
elaborada con arpegios de alegría y tiernas metáforas,
a Omaira Sánchez y a todos los niños de Armero
que nacieron a la vida espiritual el día
13 de noviembre de 1985.*

• Anuar Yaver Cortés

Dirección Nacional para la Prevención y Atención de Desastres



Dayana alzó la vista y quedó fascinada. Una estrella fugaz que había iniciado su recorrido por el firmamento se detuvo de pronto en la mitad del cielo. Lo más asombroso fue que, de un momento a otro, se desprendió del cenit y cayó sobre el tejado de vidrio de la casita de madera. La construcción, que medía nueve metros cuadrados, la había hecho su abuelo materno en el árbol de mangos que florecía silencioso en la mitad del huerto. Dayana había instalado allí una cama, una mesita de madera y una silla. El lugar era un refrescante refugio ecológico donde la chica pasaba horas mirando las figuras que el viento formaba en las nubes. De noche suspiraba contando estrellas corredoras que surcaban el cielo. Sobre la mesa había un cuadro con la foto de una niña de hermoso rostro, ojos alegres y sonrisa luminosa. Al pie de la fotografía un frasco de vidrio con agua y una solitaria rosa roja.

Desde las primeras horas de la mañana, Dayana yacía tirada en la cama mirando el cielo a través del vidrio. En todo el día no había probado alimento; un terrible problema oprimía su corazón de adolescente. El hambre, la sed y el sueño se habían esfumado por completo. Además, había estado llorando en silencio.

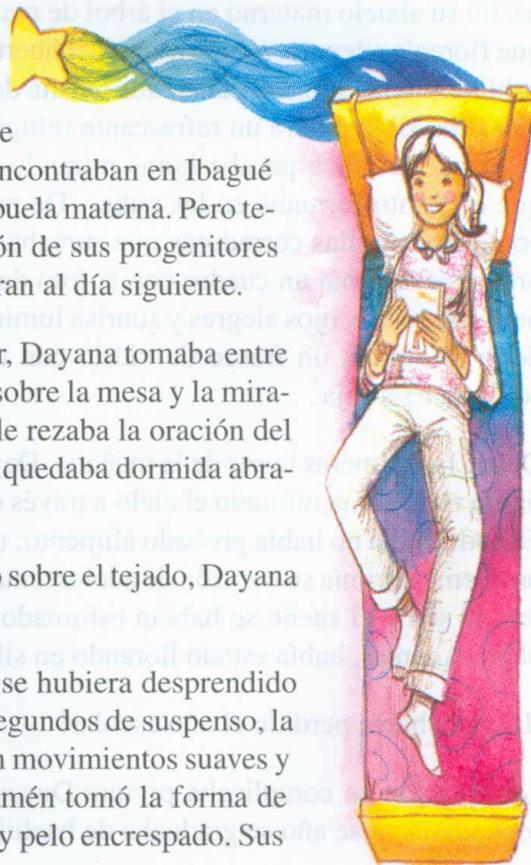
¡Dayana había perdido el año escolar!

La situación se complicaba porque Dayana cursaba el último grado de secundaria y ese año se graduaba de bachiller.

Su padre era un hombre pobre que se había arruinado con la avalancha de Armero. Allí había perdido a sus padres y tres hermanos y la ferretería. Sólo Dayana y su esposa se salvaron. La crisis económica por la que atravesaba lo habían convertido en un hombre gruñón y de mal carácter. Dayana pensaba que su padre le daría una fuerte paliza. La madre de Dayana, a pesar de que también era malgeniada, era más comprensiva.



Sobre una esquina de la cama, Dayana tenía listo un morral con ropa y unos ahorros que había logrado juntar del dinero que le daban para las onces. Había tomado la decisión de huir hacia Bogotá. Por el momento estaba a salvo, ya que sus padres se encontraban en Ibagué visitando a la abuela materna. Pero temía a la reacción de sus progenitores cuando regresaran al día siguiente.



Todos los días, antes de ir a dormir, Dayana tomaba entre sus manos la fotografía que tenía sobre la mesa y la miraba por un largo rato. Le hablaba, le rezaba la oración del ángel de la guarda y finalmente se quedaba dormida abrazada al retrato.

Cuando la estrellita corredora cayó sobre el tejado, Dayana pronunciaba la oración.

Era como si un pedacito de cielo se hubiera desprendido de las alturas. Después de varios segundos de suspenso, la extraña presencia se incorporó con movimientos suaves y graciosos. En menos de un santiamén tomó la forma de una diminuta niña de ojos vivaces y pelo encrespado. Sus

orejas estaban adornadas con un par de aretes redondos de oro. Una vez de pie, tenía el tamaño de una muñeca Barbie.



Dayana, atónita, observaba el fenómeno. La niña del cielo, como un relámpago azul, atravesó el vidrio del tejado y cayó sobre la mesa. Dayana se asustó y se arrinconó en una esquina de la cama, pero la voz infantil la tranquilizó.

—No temas, sólo he venido a ayudarte. Además, tú has estado llamándome —dijo con tono amigable.

Estas palabras llenaron de confianza a Dayana, quien se atrevió a preguntar:

—¿Eres un fantasma?

—No. Claro que no —respondió, sin dejar de moverse.

—¡Ah! ¿Eres un extraterrestre?

—Tampoco. Te aconsejo que no veas tanta televisión —agregó sonriendo.

—Entonces... ¿Qué eres?... ¿De dónde vienes?

—Soy la niña que tienes en tus manos.

Ante esta observación, Dayana cayó en cuenta de la fotografía que abrazaba.

—¡Omaira!... ¡Eres Omaira Sánchez!... La niña de Armero que...

—Tranquilízate. No hay necesidad de que repitas la historia —interrumpió la diminuta aparición.